LA PLAZUELA REVUELTA

PERIODICO SATIRICO

LITERARIO Y ARTISTICO

1875.

E. DEL SOLAR.

4 RS.

DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASENSI.

PRECIOS DE SUSCRICION
En Madrid, 1 peseta al mes; y en provincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. 9.
Madrid 7 de Junio de 1875.
REDACCION Y ADMINISTRACION,
MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION
En el extranjero y Ultramar, 6 reales al mes.

EPISODIOS DE LA GUERRA.

V.

DOS HERMANOS.

En un pueblecillo cerca de Madrid, vivia hace algunos años una honrada familia, compuesta de un matrimonio y dos hijos, modelo de virtudes. Si puede concebirse en este planeta la felicidad, podemos asegurar desde luego que reinaba en aquella casa, y no parecia turbarse nunca. Juan y Manuel, que este era el nombre de los hijos, mantenian con su trabajo á sus ancianos padres, y estos llenos de alegría, veian deslizarse su vejez en medio de los cariños de sus vástagos. Jamás el infortunio habia llamado á las puertas de aquella casa, ni las lágrimas habian enrogecido los ojos de sus habitantes. ¡Podian considerarse felices!

Ese mónstruo repugnante que se llama la guerra; esa encarnacion de Satanás, vergüenza de la civilizacion, y horror de las generaciones venideras, estendió sus negras alas sobre nuestro desgraciado suelo. La guerra civil estalló en nuestra querida España, y presto el luto y la desolacion, corrieron de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo. Tambien llegó su aliento emponzoñado hasta la humilde aldea de Juan y Manuel, y desde aquel momento empezó á turbarse la felicidad de aquella familia.

Juan, que era el hijo mayor, habia profesado siempre gran aficion á las ideas religiosas; así es que su mayor placer consistia en platicar con el cura del pueblo sobre puntos de teología, de los que, la mayor parte de las veces, se quedaba sin entender una palabra. Por su desgracia, este sacerdote distaba mucho de ser un modelo de pastor de almas, puesto que asociando la religion á la política, hizo que el pobre Juan, sin sospecharlo siquiera, se infiltrase en las absurdas ideas de un partido, que naciente entonces, habia de causar más tarde la destruccion de España. El hecho es que él adquirió tal conviccion en las ideas del cura, que llegó á dudar de su salvacion, sino peleaba en contra de los que él creia enemigos de la religion de sus mayores. Presto tuvo ocasion de asociarse á una pequeña partida, y ni los ruegos de su madre anciana, ni los consejos de su padre, bastaron á impedir la separacion de aquel fanático, y partió de su aldea entre los sollozos de su familia.

Dos años trascurrieron sin que una carta diese noticias de su existencia, y sus padres le lloraron por muerto, mezclándole en sus oraciones cuotidianas. Manuel en tanto tuvo que duplicar su trabajo para seguir ayu-

Biblioteca Nacional de España

dando á su familia, y ésta cifró en él todo su cariño, y todas sus esperanzas. Presto llegó á esa edad de las ilusiones, en que el hombre empieza á ser útil á sus semejantes; edad de amor y poesía anhelada por el niño y envidiada por el viejo; ¡los veinte años! Cuando más aturdido se encontraba por los placeres de la juventud, una fatal noticia vino á derribar los castillos de sus ilusiones y á llevarse hasta la última de sus esperanzas. La patria reclamaba sus servicios; la ley le declaraba soldado! Esta fatal nueva cayó como una bomba en el seno de aquella honrada familia. No habia solucion posible; Manuel era *robusto* y *muy pobre*; ¡tenia que ser soldado! Y lo fué; ¡tras tierna despedida abandonó su pueblo natal, donde dejaba sus sentimientos, sus recuerdos, su alma entera! ¡La ley es inflexible para el pobre!

El revuelto torbellino de la guerra llevólo á las Provincias Vascongadas, centro principal de la lucha, y arrojado libró mil veces sangrientas batallas. Una tarde peleaba con sus compañeros en la falda de un monte; la lucha era encarnizada, y una nube de pólvora envolvia á los combatientes. De pronto una bala enemiga atravesó la pierna izquierda de Manuel, y cayó revolcándose en su sangre. Perdió el conocimiento y sus compañeros le juzgaron muerto al examinarle. El enemigo entonces atacó á la bayoneta con tan bárbaro empuje, que por un momento retrocedieron los leales. Entonces pasando por encima de Manuel aquella turba de salvajes fieras, lo arrollaron á su paso mutilando su exánime cuerpo. Cuando volvió en sí, era de noche; un frio horrible reinaba en la campiña, y el silencio más profundo. Sin duda en la refriega habia sido arrastrado á un sitio oculto donde sus compañeros no pudieron recogerle. Reunió sus fuerzas y trató de incorporarse; pero un dolor vivísimo le hizo prorrumpir en un ¡ay! lastimero. Entonces le pareció oir hablar cerca de él y aplicó el oido para escuchar. Efectivamente, hablaban á muy corta distancia suya, y hé aquí lo que decian.

—¡Te repito que alguien se quejaba aquí cerca! dijo una voz.

—Tú sueñas siempre con visiones. No recuerdo haber estado de avanzada contigo sin que oigas ruidos que no existen.

—Lo cierto es, añadió un tercero, que alguno de esos perros podia muy bien acercarse hasta nosotros y sorprendernos. Propongo que reconozcamos el terreno.

—Vamos, pues, dijo la primera voz, y Manuel oyó que se aproximaban lentamente...

—¡Hola, pájaro! exclamó el tercero levantando de un brazo al pobre herido; ¡parece que nos espiabas!

Manuel tembló de piés á cabeza al contemplarse delante de tres hombres con boina y trajes azules.

—Señores, murmuró, estoy herido y les suplico no me hagan mal.

—¡Herido! así nos divertirás un rato. ¿Y cómo te llamas? preguntó uno de ellos.

—Manuel Sanzór, contestó el pobre soldado con voz débil.

—¡¡Manuel!! exclamó uno de aquellos tres hombres colocándose delante de los otros. ¿Te llamas Sanzór? ¡Dios mio! ¿de dónde eres? ¿quién es tu padre? Respóndeme.

Absorto Manuel escuchaba aquella voz que no le era desconocida, y á la ténue claridad de la noche pudo observar una fisonomía tan semejante á la de su hermano, que á no haber tenido los cabellos grises hubiese jurado que era el mismo.

—¿Y tú, cómo te llamas? le preguntó Manuel...

Pero el interpelado ocultó el rostro entre las manos, y profundos sollozos salieron de su pecho.

—¡Hermano mio! dijo por fin arrojándose en los brazos de Manuel, y ambos lloraron abrazándose.

En este supremo instante se oyeron pasos de muchos hombres. Estaban relevando las avanzadas.

—¡Hola! dijo el jefe de la patrulla, parece que no habeis perdido el tiempo. ¿Qué hace aquí este pájaro?

—Señor, ¡está herido! dijo Juan con voz temblorosa.

—Compasivo estás, Juanillo, esta noche; vaya, vété á descansar, que yo me hago cargo de este prójimo.

Juan temió cometer una imprudencia si insistía, y Manuel quedó en poder del desconocido, que le trasladó con los prisioneros. Curado allí por un médico, muy á la ligera, volvió á ver á su hermano al amanecer.

—¡Es preciso que huyamos! le dijo. Estos desdichados y tú debeis ser pasados por las armas.

Y sin escuchar las razones de su hermano, cargó con él y empezó á andar lentamente. Cuando ya se creian libres, un centinela los detuvo, y á la mañana siguiente podian apenas reconocer entre los cadáveres de los prisioneros fusilados los mutilados cuerpos de Juan y Manuel.

MANUEL MELENDEZ.

CORRESPONDENCIA DE ANDALUCÍA.

Querida Julia: Consecuente en mi promesa, cojo la pluma para pintar con ella alguno de los hermosos matices que embellecen estas soledades. Ajena de creerme artista ofrezco en mi descriptiva pintura un ligero boceto, que ni á más puede atreverse mi pluma ni podria salir airosa, si en más se empeñara. Si la MESA REVUELTA puede admitir las revueltas hojas de esta mi carta, ajústala en cuartillas, y que la imprenta se encargue de trasportar á este periódico los mal pergeñados renglones de ella.

¡Sierra Morena! qué pincel ni qué pluma podrá trasportar al pensamiento toda la grandeza salvaje de sus panoramas, toda la sublime sencillez de sus habitantes, toda la inagotable riqueza de su fertilísimo suelo! Ardua es la empresa, casi imposible su realizacion; sin embargo, haré un esfuerzo. Léjos de esos centros populosos, donde la vida es una febril excitacion, cuando se recoge el pensamiento en la armónica hermosura de la naturaleza, apenas se puede encontrar un len-

Biblioteca Nacional de España

guaje inteligible, capaz y digno para describir el sublime conjunto que forma; y si arrebatada el alma por tal grandiosidad, se expresa con toda la poesía que ella puede encerrar, ¿es posible que su relacion sea comprendida léjos de la esfera donde ha sido inspirada?

Tengo que olvidarme por un momento de ese laberinto indescriptible donde la vida palpita, se desliza, se consume, unas veces estenuada por el cansancio, otras agostada por el asolador huracan del hastio; tengo que olvidarme que ese punto concéntrico del placer y del dolor es el destinado á recoger los pobres átomos de mi inteligencia, perdidos entre las sonoras ondas de mis palabras para trazar un bosquejo: no puedo acordarme de los que hayan de oirme, sino de lo que yo veo.

Empezaré. Parece mentira que en esta España, señora un dia de cuantos continentes aparecieron en los senos del mar, se encuentren comarcas tan completamente aisladas y desiertas cual si nunca el soplo de la prosperidad hubiese pasado sobre su suelo. Una de ellas es Sierra Morena. ¡Quién sabe si al total olvido en que yace se debe la inagotable originalidad que la rodea, originalidad en sus deliciosos paisajes, casi nunca turbados por la inflexible línea del arado, originalidad en las costumbres de los habitantes de sus ricos valles, séres siempre serenos en la tranquila ignorancia de su vida: ¡Triste es pensar que haya de ser incompatible la prosperidad del país y la elevacion de la inteligencia con la poesía de la naturaleza y el tesoro de la imaginacion! Reflexion tristísima, pero cierta. ¿Quién podrá sostener la natural sencillez y hermosura de estas soledades trayendo á ellas los gérmenes de la civilizacion? Nadie: quitar á Sierra Morena la imponente majestad de su ignorancia, es destruir el maravilloso efecto de su grandeza, de esta grandeza severa, régia, llena de dulzura, digna de los pinceles de Villamil y de la pluma de Becquer.

Toda la armoniosa belleza del *medio dia* se revela expontánea en las ásperas vertientes de la señora de Andalucía, rica en detalles y en conjunto. ¡Sierra Morena recoge los perfumes del lirio, las emanaciones del abeto, viste de fuego las flores de sus valles y baña las coronas de sus montes con los álitos del hielo, toda la flora de los climas ardientes refleja sus deslumbradores matices, en las tintas opacas de esas plantas, hijas del invierno! ¡Qué grandeza de conjunto! ¡Qué suavidad de luz! ¡Qué atrevimiento de líneas! Sus festoneadas crestas recortan el puro azul del cielo con la indomable osadía de atrevidos jigantes, y la velada sombra de las graníticas agujas, tiende doblados mantos que forman magníficas umbrías; en ellas se despliega el soberbio poder de la naturaleza virgen. Altos jarales, bravos como el suelo donde brotan, se dejan dominar por las torcidas ramas del chaparro; este á su vez recibe entre sus hojas la flor del rojo madroño que atrevido estendiendo el lujoso verdor de su follaje, semeja purísima esmeralda aprisionada entre cien anillos de ébano; alguna bulliciosa corriente salta en espumosas ondas, medio oculta por un velo de flores; sus gotas diáfanas besan la corola de la orgullosa peonia y el humilde pétalo de la amapola; una ribera de adelfas, cuyos capullos entreabre el soplo del estío, señala con su eterno verdor la marcha del arroyo que, rápido y apenas detenido por amontonados guijarros, se precipita atrevido y con apagado murmullo al fondo de un abismo, donde confuso y arremolinado vuelve á rodar saltando hasta formar otra nueva cascada. El jaramago, la violeta silvestre, la zarza-rosa, el lirio, la fuschia y la madre selva juegan entrelazados formando ramilletes á los que sirven de búcaro, el cuarzo y el granito. Cual esmalte de tan soberbio engarce se ven girar delicadas mariposas sosteniendo en sus alas los purpúreos reflejos de expléndidos cendales; el rosa, el azul y el amarillo pálido pintan ligeramente á las enamoradas hijas del bosque, bóveda grandiosa de este paraiso del amor; el trasparente azul del cielo derrama su pureza diáfana, suave, llena de poesía y de dulzura, impregnada con esa deliciosa templanza de una atmósfera donde los ardientes rayos del sol vierten á torrentes el gérmen de la vida.

¡El sol! padre omnipotente de nuestro planeta, astro luminoso entre los astros del espacio! sus besos más cariñosos los guarda para Andalucía, hija predilecta de sus amores, fiel amante que responde á sus abrazos de fuego vistiéndose de una vegetacion exhuberante, expléndida, abrasadora como la ternura de su enamorado!. . Dispensa, Julia: entusiasta de las bellezas de mi patrio suelo, conocedora, no sé si profunda, pero sí concienzuda, de la fértil Andalucía, no puedo contemplarla sin dejarme llevar de los atractivos de su hermosura; olvido sus defectos porque en ella aprendí á conocer lo bello; mi alma casi niña recibió en ella las primeras nociones del bien y del mal, contemplando el argentado y níveo ramo de azahar medio carcomido por el rastrero caracol; aquí tendí la primera mirada de mi inteligencia hácia esos mundos brillantes y lejanos donde se vé la grandeza de Dios y se aprende á conocer la mísera pequeñez que nos envuelve; aquí voló mi pensamiento é intentó atrevidamente dar forma á las primeras ilusiones de la vida, hijas enfermizas de una imaginacion voladora, que apenas nacidas mueren ahogadas entre los inflexibles brazos de la razon; aquí he recogido los primeros abrojos de la humana existencia, flores envenenadas, cuyo perfume engrandece la esencia de nuestras almas, levantándolas por encima de las vanas pasiones, de los pueriles pensamientos; ellas matan los entusiasmos del corazon, pero sirven de crisol á las perfecciones del espíritu. Aquí recogí los puros átomos de la vida, que en mi sér empezaba á oscurecer ante la infinita ventura, solo alcanzada atravesando los umbrales sombríos de la muerte; aquí me siento renacer á una nueva existencia, ávida de lanzar su vuelo hasta las eternas verdades de la ciencia, ídolo que jamás niega sus bondades al que ofrece en sus aras el sacrificio de la inteligencia. ¡Cómo no cantar con todo el entusiasmo de mi alma á estas montañas, reinas de la tierra más rica de mi patria! A este cielo le debo los recuerdos del pasado, posesion del presente, la esperanza del porvenir: bajo é

Biblioteca Nacional de España

sentí la vida del corazon, bajo él empieza la vida del alma. ¡Dios quiera que así cual presencio el ocaso de la primera, pueda iluminar con los purísimos reflejos de su azul el postrero momento de la segunda aurora expléndida de la inmortalidad!

Grande, atrevido es el pensamiento, más nunca él alcanza ni aun en sueños á lo que la naturaleza puede realizar; en presencia de los séres pobladores de este país, apenas si es posible darse cuenta de la sensacion recibida; intentaré expresar en breves palabras este misterio forma de hombre, inteligencia de niño é imaginacion inconcebible. El serrano o serreño de estas comarcas (provincia de Jaen), ágil de cuerpo, vivo de fisonomía, tardo de comprension y rápido en la inventiva, casi deja asombrado al pensamiento, ya que no confusa la inteligencia; su vida es la vida monótona, igual y serena del hijo de la naturaleza salvaje; sus estudios los indispensables estudios de la vida animal, su trato el de semejantes á él y el necesario con las fieras del monte: nace y muere sin un mañana y sin un ayer: vegeta sin el hoy; sacrifica sus hercúleas fuerzas en un trabajo rudo, primitivo, ageno de las emociones de lo desconocido; jamás supone otra existencia que la suya, y sin embargo, aun á pesar de este sedentario aprovechamiento del tiempo, sus ideas sobre todo cuanto le rodea son ricas, atrevidas, flexibles, llenas de una fuerza de razon tan profunda y tan grande que á veces una sola de sus palabras forma una sentencia tal como muy pocos sabios se atreverian á darla: la explicacion de sus pensamientos, hecha en lenguaje rudo y á veces grotesco, respira en su conjunto una poesía de imaginacion, llena de suavidad, poesía audaz que se vale de figuras, más de una vez ideales, tan ideales como pudiera señalarlas el poeta florentino; en sus giros se advierte algo de orientalismo y mucho de la primitiva riqueza de imágenes de los hijos del sol, de aquellos Incas cuya raza perdióse más de una vez al confundirse con sus dominadores; al escucharlos conversar entre sí es cuando se observa la riqueza inagotable y natural de su imaginacion; cuando dirigen la palabra á un indivíduo que consideran superior, entonces pierden toda la originalidad de su fertilísimo ingenio, son como las flores de sus valles trasplantadas á los invernaderos degeneran en vulgares aunque las rodee todo un mundo de exóticas plantas: dueño de sí mismo el serrano de Sierra Morena, pocas veces rompe la monotonía de su vida con un solo minuto de placer; sin embargo, si en alguna velada preludia á la puerta de su albergue las primeras notas de su cantar favorito puede verse en su fisonomía el rayo sublime de una verdadera inspiracion: dulce, ligero, suave y valiente, su canto arranca una lágrima del fondo del corazon y una sonrisa de placer se desliza casi sin ser notada entre los labios: esa rondeña, hija de Africa, solo puede expresarse por cadenas flexibles de suspiros; nadie sabe lanzarlos como el sér nacido entre los suspiros más ardientes de la naturaleza; su voz, eco perdido de una garganta sóbria de palabras, agena de las bellezas del arte, vibra con toda la energía del genio, se plega, desciende rápida ó perezosa, aguda ó leve, cortada en sus períodos más brillantes por un ¡ay! solitario, recuerdo perdido de algun momento de amor, ¡que tambien los hijos de las montañas aman y odian sufriendo el tirano imperio de la primavera del corazon! Canto expresivo, expontáneo, revela un alma ardiente, encerrada en toscos engarces, grito soberano del espíritu, libre por un solo segundo del poder dominador de una voluntad ruda, este canto es imágen perfecta de una chispa de brillante que oscila irradiando entre la sombra oscura de negros carbones; al mágico poder de la inspiracion, el que la siente se trasforma; sus ojos brillan, su imaginacion gira incansable y las palabras brotan á torrentes desde el fondo de la inteligencia; hé aquí esa improvisacion de redondillas, honra de la literatura patria, cantares, poemas; cada una de ellas encierra un mundo de pensamientos, una hilacion bellísima de ternura, de amor, de poesía, una riqueza inmensa de sentimiento. ¿Qué falta le hace al hijo de Sierra Morena los cansados placeres de la civilizacion? ¿Los echa de ménos? No, ni los conoce, ni aunque los conociera, sabria apreciarlos. Para elevarse á comprenderlos era menester que dejara de ser lo que es, era menester que dejara de ser actor para formar parte de los espectadores. El placer de su vida lo encuentra en el culto involuntario que rinde hácia todo lo bello que le rodea, figura principal del hermoso cuadro de su país las serenatas que alhagan sus oidos con los trinos del ruiseñor, goza de ellas imitando sus gorgeos, el constante poema de la vida y de la muerte, reinas ambas de la explén-dida naturaleza meridional, son los dramas que le recrean, su placer el retratarlos en sus cantares.

(Se continuará.)

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA.

EL PRIMER SUEÑO.

Como el sol en el medio de la esfera
halla en el hondo mar, inmenso espejo,
y al brillo de su luz que reververa
en toda su extension vé su reflejo,

—

Así el Señor el mundo contemplaba,
y su reflejo en todo percibia
toda la creacion completa estaba:
Dios sonrió; la nada... ya vivia!

—

Y en su mente divina é increada
brilló una idea, y era idea amante:
los soles que reflejan su mirada
tuvieron mayor luz por un instante.

. . . . . .

—

Al pecho llevò Adam su diestra mano
con la curisidad de la inocencia,
y sintió su latir, primer arcano
que asombrò su sencilla inteligencia.

—

Y notó que sus párpados pesaban,
y en misterio para él desconocido,
la luz y los sonidos se alejaban...
iba á temblar... y se quedó dormido!...

—

Biblioteca Nacional de España

Llega al fin la estacion de los amores,
con sus brisas, sus aves y sus flores.

Biblioteca Nacional de España

Al crear la mujer encantadora,
Dios le infundió su sueño misterioso
que va delante siempre de la aurora
crepúsculo encantado y silencioso.

—

Adam, á quien Dios mismo le enviaba
sueño tranquilo, mágico, risueño...
que una aurora de dichas anunciaba,
¿qué es lo que soñaría en aquel sueño?...
. . . . . .

—

Tal vez Adam, en dulce fantasía,
sintió un recuerdo acariciar su mente
y viò su imágen que mirar solia
en el limpio cristal de clara fuente.

—

Y aquel misterio de la fuente pura
causábale esta vez más estrañeza...
la sombra era menor que su figura,
con belleza mayor que su belleza.

—

Y el candor más sencillo de las aves,
y la esencia más grata de las flores,
y las auras más puras y más suaves,
y la luz de más vivos resplandores...

—

Todo cuanto hay de hermoso considera,
y quiere unirlo en misterioso lazo
condensándolo todo de manera...
de poderlo abarcar... en un abrazo.
. . . . . .

—

Adam dormia en apacible calma
cuando el Señor, su obra completando,
al cuerpo de mujer infundió un alma:
sintiólo Adam, y despertò adorando.

—

Y mirando su anhelo satisfecho,
absorto, enamorado, suspendido,
colocando su diestra sobre el pecho,
exclamó con placer: «De aquí ha salido.»

—

Y amó Adam á la hermosa criatura,
y vió Dios que sus gracias y caricias
le traerian á Adam la desventura
de perder el Eden de sus delicias.

—

Y ante esta alternativa delicada
dar la eleccion al hombre Dios no quiso...
porque perder á la mujer soñada
era más que perder el Paraiso!

LUIS DE CHARLES.

A ELLA.

—

Si yo fuese el amor, descolgaria
el arco y una flecha emponzoñada,
con tino y firme pulso disparada
en pedazos tu alma partiria.
Si fuese el ruiseñor entretenido
que con su canto el sentimiento arroba,
en el rincon más hondo de tu alcoba
iria á construir mi humilde nido.
¿Y si fuese la abeja?... Envidiaria
las mieles de tu labio regalado;
mí agijon dejaria en él clavado
y zumbando á tus piés me moriria.
Soy un hombre y no más, y me contento
con bañarme en la luz de tu mirada,
y envidiar de tu boca delicada
la sonrisa, el suspiro y el aliento!

JUAN TOMÁS SALVANY.

LA ROSA AMARILLA.

—

Amarilla volvióse
la rosa blanca,
por envidia que tuvo
de la encarnada.
Teman las niñas
convertirse de blancas
en amarillas.

J. E. HARTZENBUSCH.

LA NIÑEZ.

¿La niñez? Aquí teneis, lectoras mias, la primera página del libro de la vida.

Se puede ser niño sin haber llegado á ser hombre, así como no se puede ser hombre sin haber llegado á ser niño.

De la misma manera que recordamos el último beso en la despedida de una madre, las últimas lágrimas de una mujer querida que nos vió desaparecer por las inmensas veredas del camino, y las fugaces horas de un tiempo más feliz, así debemos recordar ese puerto de oro que dejamos á la espalda en el revuelto piélago de la vida.

Muchas veces, á la caida de la tarde, nos hemos puesto á pensar sobre la roca de un campo solitario, y hemos vuelto casualmente los ojos á los pintorescos árboles de un paisaje bellísimo que se divisaba á lo lejos.

¡Qué flores hay allí! ¡Qué pájaros cantan en aquellos naranjales! ¡Qué mariposas descomponen sus alas de púrpura en la quebrada luz de aquellos horizontes! ¡Qué armonías tan suaves arranca el viento de aquellas arboledas! ¡Cuánta hermosura, cuánto rumor dulcísimo, cuánta languidez y cuánta poesía! ¡Quién pudiera llegar hasta allí! ¡Pero ya se vé! ¡Está tan lejos... tan lejos!...

Así pensamos nosotros en la niñez; así volvemos la vista á ese paisaje tranquilo que hemos dejado atrás y donde todo nos parece más bello mientras más nos vamos alejando.

La niñez es la dorada isla de los náufragos del mundo; los que la abandonan no vuelven nunca á llegar á ella.

¿Quién no ha tenido una madre que le haya enseñado á rezar, ante la cruz de madera donde siempre arde una lámpara sosegada?

¿Quién no se ha figurado en aquella deliciosa edad, que las golondrinas nos traian todos los años una cinta verde en su cuello que nuestra madre le habia colgado para nosotros?

¿Quién no ha creido distinguir en el alto ciprés que aparecia como un mudo centinela en la puerta de nuestra casa, el medroso fantasma, que venia á asustarnos todas las noches?

Biblioteca Nacional de España

¿Quién, por último, lectoras mias, no ha sido niño?

Vosotras dibujais, entretenidas, caprichosas labores sobre la nieve del bastidor; confeccionais primorosos adornos; haceis, en fin, prodigiosas maravillas en la más insignificante de vuestras tareas; pero quizá no encontrareis en ninguno de vuestros trabajos, aquella interesante combinacion, aquella sencillez espontánea, aquella naturalidad esquisita, aquella soltura inesplicable que sobresalia en el ramillete de flores tegido por vuestras manos cuando érais muy niñas.

Aquel es el tiempo de la ternura, el tiempo de la candidez, el tiempo de los sueños y de las sonrisas. Por eso exclamamos á todas horas con lágrimas en los ojos: ¡qué tiempo aquel!

Chateaubriand, ha dicho que para endulzar nuestras penas, no hay nada mejor que fijar la vista en un niño que duerme.

El sabio autor de los *Mártires* y de *El Genio del Cristianismo* tiene razon.

Un niño que duerme, es un cielo sin nubes, una inocente flor que no han tronchado todavía los vendavales furiosos de las pasiones violentas.

¡Qué tranquilidad, qué sosiego, qué reposo tan agradable se observa en aquella frente virginal que no ha nublado aun la sombra del vicio ni la huella satánica de un mal pensamiento!

Despierta el niño, y sus ojos son dos rosas que se abren, y sus manecitas blancas son dos purísimas azucenas, y su sonrisa es el reflejo de la sonrisa de los ángeles.

En la niñez es precisamente cuando el corazon se empapa y se perfuma en todas las virtudes que han de brillar más tarde, en los que más tarde tambien las quieren comprender y practicar.

Ante las gradas de los altares ensaya el niño sus primeras oraciones y aprende á desenvolver los sagrados misterios de nuestra santa religion.

Le enagenan los arrullos de las tórtolas enamoradas que gimen en la soledad de los valles, le cautivan los suspiros del ruiseñor, le detienen los juegos del iris sobre los cristales de los arroyos, le admira el salvaje estrépito de la tormenta, que hace crecer los mares y vacilar las montañas.

Isla yo soy de reposo
en medio el mar de la vida,
y el marinero allí olvida
la tormenta que pasó;
allí convidan al sueño
aguas puras sin murmullo,
allí se duerme al arrullo
de una brisa sin rumor.

Estos dulcísimos versos, que el gran cantor de *El Diablo Mundo* aplica á la *muerte*, parece que han sido escritos para aplicarlos á la niñez.

En la niñez todo es reposo; todo es vaguedad, todo es aéreo y encantador, todo convida al *sueño*.

Las lágrimas de la niñez son gotas de rocío que caen sobre las mejillas de una madre.

Las lágrimas de los niños salen pronto, y se enjugan pronto tambien.

Las lágrimas de los hombres tardan en salir, y son gotas de fuego que abrasan nuestras pupilas.

Por eso hemos dicho nosotros en muchas ocasiones, que

Las lágrimas de los niños
salen pronto y los consuelan;
las lágrimas de los hombres
tardan en salir y queman.
Las unas son el rocío
de cándida primavera
y las otras son del alma
la rugidora tormenta.

Los niños lloran como lloran las flores, porque las lágrimas de los niños no brotan nunca del amargo cáliz del dolor.

Nos encontramos en el agitado piélago del mundo, y cada vez nos vamos alejando más de la ribera de nuestros primeros años.

Se han ido para no volver las tardes de nuestro hogar, los sueños de nuestra cuna, los besos de nuestra madre... ¡Ay! y tambien se han secado en nuestros ojos las benditas lágrimas de la inocencia.

¡Quién pudiera llorar un momento con aquellas lágrimas que eran una llúvia del cielo!

Por mucho que lloreis, mis queridas lectoras, nunca habreis llorado lo bastante la pérdida de la niñez

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

ACUÉRDATE DE MI.

En tus horas fugaces de ventura,
cuando veas risueño el porvenir,
si anhelas que otro sér goce contigo
nunca pienses en mí.
Pero en tus largos dias de tristeza,
cuando en silencio tengas que sufrir,
si no encuentras quien llore tus pesares
¡acuérdate de mí!

JULIA DE ASENSI.

SIMIL.

Negra nube oscurecia
del cielo el puro color
y una flor languidecia
al ver que su lozanía
secaba estival ardor.

—

Linfa la nube atesora
que dá á la rosa frescura,
mas tambien guarda en mal hora
la llama devastadora
que aniquila su hermosura.

—

Agua la flor anhelaba;
fulgúreo rayo temia,
por eso al cielo miraba
y á veces me consolaba
y á veces se entristecia.

—

Así al comparar ayer
esta escena de dolor
á mi acerbo padecer
en la nube te fuí á ver
y á mí en la mísera flor.

—

Y al pensar el pecho mio
que el tuyo, aunque sabe amar,
tambien oculta el desvío

Biblioteca Nacional de España

como recata un bajio
el mas bonancible mar.

—

Tu ardiente amor anhelaba,
tu fiero desden temia,
por eso tu faz miraba
y á veces me consolaba
y á veces me entristecia.

RAMON CONTRERAS Y EYRÍZ.

VARIEDADES.

En la presente semana han visitado nuestra redaccion la *Gaceta de los juzgados municipales y Ayuntamientos*, que se publica en esta córte bajo la acertada direccion de D. Antonio M. Lopez Lage y D. Ernesto de la Guardia, y *Las Noticias*, periódico de intereses morales y materiales, que vé la luz pública en Múrcia.

* * *

Cuando salgo de casa y miro el cielo cubierto de negros nubarrones, que amenazan convertirse en líquido, siento en mi corazon una profunda melancolía. ¿Sabes por qué? Porque acabo de comprarme una *chistera* de cuatro duros.

* * *

—¿Irás á la *soirée* de la Condesa,
que no viene papá?
—No puedo.
—No me quieres
—Sí, bien mio,
pero no tengo frac.

* * *

EN EL FERRO-CARRIL.—Ponte junto á mí, que vamos á entrar en un túnel.

—Pues límpiate los polvos, que antes me has dejado el bigote blanco.

* * *

El lunes, lector querido,
casó con *Salud*, Guillermo,
y el martes ha fallecido.
¿Qué le hubiera sucedido
si llega á casarse enfermo?

—

—¿Quién fué el hombre más feliz?
preguntó Felipe Guerra.
Y contestóle un casado:
—Adam, que no tuvo suegra.

GUILLERMO PERREN Y VICO.

* * *

A un oficial sentenciado al Fijo de Ceuta por un delito leve, le preguntaba una señora con mucha guasa:

—¿Qué tal es la *guarnicion* de Ceuta?

—Señora, mucho mejor que la de ese traje que lleva usted, porque todavía no ha pasado la moda.

* * *

—¿Como está la niña?
—Sigue con aquel *señor*.
—No, si hablaba de la pequeñita.
—¡Ah!...

* * *

Al marido de Tomasa
pregunté un dia de invierno
—¿A dónde vá usté
—¡Al infierno!
dijo, y marchaba á su casa

LIBORIO C. PORSET.

* * *

Juan se enamoró de Elisa,
y Elisa de un alcarreño,
casóse con el segundo
por más que rabió el primero,
y este metió tal cizaña
que al fin de coraje lleno
dijo el marido—¡*Me voy*!
y el otro dijo:—*Me vengo*.

* * *

Los artistas de la Puerta del Sol tienen la costumbre de firmarse con números; así es que se leen con frecuencia muestras de este género:

Diez Sastre, Trece Peluquero, etc.

CHARADA.

—

Por ver *primera* y *segunda*
que de tí me ponderaban,
aunque en *tercera* con *prima*
por cuasalidad me hallaba,
ansioso corrí á buscarte
para poder contemplarla.
Mas juro que *cuarta* y *prima*
se hizo al verte mi esperanza,
pues noté que solo eras
lo que *prima*, *tercia* y *cuarta*.
Y para más convencerte
del efecto que me causas,
no diera, niña, por tí
el *todo* de mi charada.

G. P. B.

* * *

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

CARABINA.

ANUNCIOS.

PÍLDORAS Y UNGUENTO HOLLOWAY.

Estos medicamentos obtienen una aceptacion y una venta más universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

Las píldoras son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería; en fin, no tienen rival como remedio de familia.

El ungüento cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuenten veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demás afecciones de la piel. Cada caja de píldoras y bote de ungüento van acompañados de ámplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

Las preparaciones Holloway se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en LONDRES, 533, Oxford, Street, en el establecimiento central del profesor **Holloway**.

Colegio de San Rafael, de primera enseñanza, clases de adorno y preparatorias para comercio é infantería, dirigido por D. José Batalon y Gomez.—Se admiten internos y medio pupilos, calle de San Roque, núm. 10, principal.

POR QUIROS, IMPRESOR.—ABADES, 10.

Biblioteca Nacional de España